

un poeta combatiente, porque vivió en su espíritu y en la acción el momento glorioso que dio la independencia a su patria. No se ha detenido en la quietud estática e inoperante; como un bardo occidental gritó su mensaje a su pueblo con palabra de fuego:

*Abandona tu silencio y ruge como un león
Asceta, que no es día para penitencias.
Los tambores y las conchas están ya tocando diana
¡Oh, grandiosidad mía, tú habrás de despertar!*

En Dinkar la India aparece despierta, ardiendo apasionada por la sed de justicia y liberación. Su voz resuena como potente clarín de guerra ante la urgencia fundamental de ese momento histórico que él recoge con todo el fuego de un auténtico poeta.

Su poema "A Pesar de Todo, Vengo", es rotundo y sugerente; aunque la urgencia lo hace sacrificar muchas veces la belleza al concepto, al mensaje que debe darse inevitablemente. Sus versos, a pesar de la barrera infranqueable que opone la poesía a toda traducción, son muy hermosos.

Empero, la dulce nostalgia india que conocíamos en Tagore, aparece también en sus poemas líricos. En otros, se advierten claramente las tendencias de nuestra poesía moderna occidental, cuya influencia ha recibido, sin duda, de los poetas rusos, españoles e ingleses.

La obra que comentamos, *Himalaya y otros poemas*, es digna de un más amplio comentario que las exigencias de espacio no permiten.

Sin embargo, no podríamos terminar sin referirnos a esta feliz colaboración cultural entre la Imprenta de la Universidad y la Embajada de la India que nos entrega, en correcta y sobria presentación, una muestra de la obra de un gran poeta, como un aporte al hermeso sueño de Kamala Ratnam "para que la verdadera amistad de los corazones en toda la extensión del mundo sea posible cuando la literatura de todos los pueblos sea propiedad de todos los países".

<https://doi.org/10.29393/At407-32FDJF10032>

Filosofía de don Juan de Egaña, de WALTER HANISCH ESPÍNDOLA.
Nº 3 de *Historia*, Anuario del Instituto de Historia de
la Universidad Católica. 1964

En diversas ocasiones en estos últimos años, con motivo del sesquicentenario de nuestra Independencia, del Instituto Nacional y en otras ocasiones, nos referimos, a la casi olvidada figura de ese hombre extraño y notable, visionario de realidades y quimeras, erudito y soñador, filósofo y utopista que fuera don Juan Egaña.

Es un personaje que debiera recordarse siempre por el papel múltiple e importantísimo que desempeñó en el proceso de nacimiento y desarrollo de nuestra nacionalidad e instituciones; empero, cuando se recordó la fundación del Instituto Nacional no se mencionó el nombre de su principal impulsor; cuando se trata de antecedentes sobre la reorganización de la justicia, de la reforma agraria o de derecho americano, muy pocos conocen la labor intensa

de este hombre que trató todos estos temas con acierto y luces verdaderamente proféticas. Sin exagerar podríamos decir que al proponer en 1810 la limitación de los latifundios, planes de caminos, regadíos, diversificación de cultivos, etc., fue el primer promotor de una reforma agraria; que previó los peligros de la burocracia; que señaló normas para acelerar los pleitos y descongestionar los tribunales; y que fue, en fin, el primero que señaló la necesidad de una Organización de Estados Americanos, con un Parlamento común para la que él consideraba "la nación" americana y con una armada común para su defensa. Se le ha llamado el "padre de la Constitución chilena", pero esta paternidad se le podría atribuir también en muchas otras actividades.

Fue sin duda el hombre más erudito de su época y legó esta afición a su hijo don Mariano.

En nuestros días, este olvido tiende a repararse y la figura prócer de Juan Egaña ha sido redescubierta en dos ensayos magistrales debido al talento y la acuciosidad investigadora de Mario Góngora y de Walter Hanisch Espíndola. Nos referimos a este último.

El ensayo de Hanisch nos entrega un panorama completo del ideario del prócer y proporciona una aguda interpretación de su pensamiento. Pasando por alto detalles biográficos que resume en forma sucinta traza con singular maestría un retrato psicológico del hombre en el camino hacia la filosofía.

Mucho se ha escrito sobre la influencia del pensamiento europeo del siglo xviii en nuestra emancipación. Creemos que la síntesis que hace Hanisch para Egaña establece muy claramente hasta qué punto puede aceptarse esta influencia, no sólo en este caso particular, sino en el pensamiento de todos los ideólogos de 1810: "Su ideario tiene siempre una forma personal. Se diría que es un ecléctico, porque selecciona lo mejor de las ideas que lee o medita, que es un crítico, como hijo de su siglo, que no acepta las cosas sin examen; que es un erudito, que se mueve en una variedad de autores admirable, sin que aparezca como seguidor exclusivo de un autor; prefiere el diálogo con gran número de ellos y lo lleva en forma inteligente. No siempre cita, pero es tal la variedad de ideas y autores con los que nos pone en contacto que nos sentimos en presencia de un explorador del campo intelectual.

"No es un ideólogo puro. Se mete en el campo de la acción y la experiencia para aprovechar sus enseñanzas e influir en los acontecimientos. Y, si no ciñó la espada, tal vez la única profesión que no desempeñó, se encontró en muchas labores de beneficio público. Fue abogado, agricultor y minero; estudió filosofía, teología, leyes y mineralogía; hizo un censo general y un informe de minería, constituciones y planes de estudio, textos de clase e informes legales, memorias y proclamas; lo hallamos en el Senado y en la cátedra; sufre las privaciones del destierro y se encarga de socorrer a los desplazados por la guerra del sur; es hombre de hogar y excelente padre de familia, cristiano fervoroso en su vida privada y en las actitudes públicas regalista y reformador".

Las influencias de la época en Egaña están claramente destacadas: su "sentimentalismo pre-romántico bien característico", su inclinación a lo teatral, su voluntad de gloria, sus "enfermedades reales" de las cuales se queja sentimentalmente con frecuencia, sus prisiones e infortunios, su amor a la naturaleza, etc., lo encuadran en el tipo. La influencia de los autores de la Ilustración se desprende de las citas que hace de ellos con tanta frecuencia: Montesquieu, Rousseau, Voltaire, La Enciclopedia, del abate Raynal, etc.

El autor de la obra que comentamos es un jesuita y, tal vez por ello, se refiere sólo discretamente a la influencia del pensamiento ignaciano, pero lo cierto es que nuestro personaje, aunque nació un año después de la gran expulsión de la Compañía en 1767, estaba bastante informado a este respecto. Conoció las obras de Suárez, y más de una vez hizo el elogio de la labor misional jesuítica en el Paraguay. Pero, lo que es más importante, recibió el influjo de sus compatriotas expulsados y mantuvo amistad con algunos de los que lograron regresar y tomaron parte activa en el movimiento hacia la Independencia. Tal vez, por intermedio del historiador penquista Felipe Gómez de Vidaurre, conoció la obra del abate Molina y leyó, sin lugar a dudas, a Lacunza, cuyo libro "La Venida del Mesías" (publicado en Londres en 1824) cita textualmente en 1827, inclinándose notoriamente por la doctrina llamada "milenerista" sustentada por el ilustre teólogo.

Nos introduce Hanisch en la búsqueda de Egaña "tras la problemática de Dios, del alma y del mundo" y expone su pensamiento ordenándolo en forma sistemática, sin ocultar ni disimular sus contradicciones; nos explica sus meditaciones sobre la filosofía de la religión, expuestas en "Las Noches de la Quinta de las Delicias" y en "El Chileno consolado en los presidios" y sus ideas sobre psicología humana e inferior.

Pero el asunto más original a que lo llevan sus incursiones y su curiosidad intelectual es el estudio de la categoría de las sustancias creadas: "No acepta la opinión de los filósofos que distinguen sólo dos tipos de sustancias". Es decir, Egaña deduce del poder infinito de Dios, de las dificultades para explicar algunos problemas y de los seres creados por la fantasía, la existencia posible de seres especiales que nuestros sentidos, hechos para percibir la materia, no percibirán jamás. De aquí el interés por los fenómenos metapsíquicos o parapsicológicos, que estudiaría "con especial detenimiento y erudición".

En el capítulo tercero: "La Filosofía de la Nueva realidad", el autor expone la filosofía del progreso, sustentada por Egaña y nos conduce a sus creaciones de utopía; se refiere a su pensamiento sobre el Derecho Internacional Americano y a su concepción de una confederación americana sobre cuyas proyecciones sería largo extenderse.

Aunque el ensayo merece un más detallado comentario, diremos, para terminar, que el trabajo del padre Hanisch es uno de los estudios más profundos y certeros que se han hecho sobre el pensamiento de Juan Egaña. Escrito en estilo ameno, no exento a veces de una sutil ironía, por la novedad de su exposición y por su aguda penetración psicológica, se lee con interés porque

constituye un serio y positivo aporte a la historia del pensamiento y la ideología de nuestros próceres.

JORGE FUENZALIDA PEREYRA

El mejor lugar del mundo, de LUIS VULLIAMY. Santiago de Chile, Ediciones Alerce, 1963. 163 p.

Luis Vulliamy tiene unos ojos pequeños y palpitantes que sobresalen en una cara sonrosada y bajo un pelo trigo seco. Comunica a sus amigos una simpatía sureña, socarrona, que en verdad oculta la timidez del auténtico hombre de la tierra. Aunque aparece alegre en su vivir por su oportunismo en la talla, por su fácil inventiva y por su constante animación, Vulliamy es individuo concentrado, esquivo así de buenas a primeras en creer en su destino a causa de que ha debido aventurar riesgosamente. Pero su desánimo no es de esos que afloran a la superficie. Como buen amigo y conversador, salta pronto a contar una historia, sus historias, sencillas, con el sabor de su tierra sureña y el recuerdo de su infancia y adolescencia.

Vulliamy siempre atrae a aquellos mayores que dieron vida y desarrollo a la región de la Frontera, la zona ésa en donde la selva y los nativos araucanos opusieron resistencia a los republicanos y a los avances de la civilización. Desde esta tierra fronteriza, con más de un siglo de aventuras, nació Vulliamy, puesto él mismo en el límite o demarcación del blanco con el araucano, del colono europeo con el criollo de agallas.

Ahora, pasado el medio siglo de la centuria del veinte, no quedan pioneros en la provincia, y los colonos suizos y alemanes se han ido fundiendo a la sangre americana. Una generación que ha vivido estos cambios tiene ahora conciencia de sus deberes. Allí está Luis Vulliamy, con sus poemas, relatos y novelas. Vulliamy ha sentido la desvitalización del suelo agrícola chileno, el señuelo de la gran ciudad capitalina, las evoluciones sociales, el araucano desplazado, la intromisión de ideas y capitales nuevos, en fin, él observa, padece y expresa su mundo. Aparte de tal experiencia corresponden las páginas de su novela *El mejor lugar del mundo*, obra que mereciera uno de los premios "Alerce" que la Sociedad de Escritores de Chile otorga anualmente.

Un poco de las evocaciones de la infancia, los atisbos incitantes de una rebeldía que sobrepasa a toda individualidad de la sociedad burguesa, y el escenario enternecido de una ciudad del sur de Chile, son los tres rasgos que sostienen la novela. Sobre todo, ese pueblo de la infancia, el que ni siquiera permite escapar físicamente al protagonista, pues desde el extranjero lo llama, lo alimenta, le da sentido: "El pueblo sería siempre el mejor lugar para vivir y morir", pensó Gastón más de una vez.

Allí está todo el arte de esta novela corta, pues las tres etapas que componen el sentir del protagonista, vuelven a su punto de partida como si poderoso imán guiara los pasos del ya joven hombre. En el lector quedan vivas las imágenes de la primera parte, titulada *Después de lo último*. En seguida, aunque como necesarios complementos para identificarse con Gastón y